



1770

COMUNICACIÓN ACADÉMICA N°

Del académico de número don Daniel Antoniotti, acerca de

LENGUE

Señora Presidenta:

La palabra *lengue*, con esa fonética exacta (fonológicamente /lénge/), aunque con la ortografía *gh* del italiano, se encuentra en un dialecto de la península –para ser preciso, en el friulano– y quiere decir “lengua”. El Friuli es la región del extremo noreste de Italia, fronteriza con Austria y con Eslovenia, ese territorio boreal de la ex Yugoslavia. Como ocurre con casi todas las regiones itálicas, la del Friuli fue una inmigración constante hacia estas tierras desde 1876, asentándose en principio en el Chaco y en Santa Fe, para luego repartirse por toda nuestra geografía, especialmente en el litoral y el Río de la Plata. Como curiosidad entre nos, los miembros de la Academia, digamos que el gentilicio, “friulano” en español, en la lengua de esa región se dice “furlan”. Sí, así como nuestro cofrade, el gran poeta y académico emérito Luis Ricardo Furlan.

En el caso que cito, como ya aclaré, *lenghe* se escribe con esa *gh* de la ortografía italiana que se pronuncia ante *e* y ante *i* como la dupla /gu/ del español ante esas dos vocales. Tal como en los apellidos Alighieri o Ghioldi, por ejemplo.

¿Qué vínculo semántico se puede establecer entre la lengua y ese pañuelo anudado al cuello, ya sea por abrigo o por mera elegancia?

Pensemos en la lengua desde el punto de vista anatómico, es decir, el órgano muscular ubicado en la cavidad bucal. Dada su forma alargada, suele ser usada la palabra lengua, en español y me imagino que también en otros idiomas, en sentido metafórico para referirse a objetos que poseen esa característica formal.

Y así lo encontramos con esos registros de metáfora en el *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia. A éste me remito: existen varias plantas a las que por la forma de sus hojas se las conoce como lengua de buey o lengua de gato. Siguiendo siempre a la Academia, lengua de gato es, asimismo, el nombre de una golosina, una barrita delgada de chocolate. En el relato bíblico de Pentecostés, se recuerdan las “lenguas de fuego”, como la modalidad bajo cuya forma se habría manifestado el Espíritu Santo; desde antiguo y hasta en los más modernos catecismos, la iconografía cristiana lo ha representado con unas llamas alargadas sobre los apóstoles y la Virgen María. En la terminología geográfica se menciona como lengua de tierra a un pedazo de tierra largo y estrecho. Así se puede decir que el istmo de Panamá es una lengua de tierra.

Una variación morfológica del vocablo frecuente en español la tenemos en el término derivado *lengüeta*, que discurre en distintos usos por cosas de características análogas a las ya mentadas: el fiel de una balanza, cierta parte de algunos zapatos, también algunas pequeñas piezas de los bandoneones o de los acordeones.

Discurriendo con los mismos sentidos, ese pañuelo que debe plegarse a fin adoptar la forma necesaria para enlazar el cuello, y por eso se torna alargado, podría decirse que guarda similitud con esa característica longilínea de la lengua. Se trata de una lonja de tela alargada.

Al lengue lo hemos visto en el teatro y en el cine que reproduce, o pretende reproducir, el Buenos Aires de fines del siglo XIX y principios del XX. Parece un elemento imprescindible para el vestuarista que quiere reconstruir aquellos tiempos del malevaje. Y se lo puede detectar en antiguas fotografías de archivo de bailarines de tango o, en general, de varones que se movían en ese ambiente.

Manuel Gálvez, hacia 1910, en su tesis para el doctorado en Derecho, en la que abordó el tema de la trata de blancas, al referirse al *caftén*, el proxeneta de la Buenos Aires de la inmigración, describe a este personaje de avería adornado por “el pañuelo de seda excesivo y ridículo”. Años después estos estudios sobre la prostitución le darían material a Gálvez para una de sus novelas más comprometidas: *Nacha Regules*.

Homero Manzi rescata a esta prenda en un poema de 1935 que se llamó “Tango” y que inscribió en SADAIC en 1942 (con música de Sebastián Piana) con el título de “Voz de tango”. En un extenso inventario de connotaciones del género, desgrana en sus dos primeros versos: “Farol de esquina, ronda y llamada, / lengue y piropo, danza y canción...”.

Enrique Cadícamo, por su parte, en el tango “Guapo de la guardia vieja”, del cual es responsable de la música y de la letra, nos dice:

Guapo de la guardia vieja,
el de lengue espantoso,
que por el mil novecientos
fuiste rey del arrabal.
Tus posturas conquistaron
a las paicas de rodete
y al andar tus firuletes
inventaron el gotán.

El mismo Cadícamo en la obra “Tango de lengue”, que también lo tiene como firmante de letra y música, describe:

Tango de lengue, obsceno garabato
que dibujan con sus pubis las parejas...

Tango de lengue, por vos
se pierde una daga hasta el mango.
Tango de lengue, los dos
estamos manchados de fango.
Sigue grave el bandoneón
el canyenque de tus pasos.

El lengue parece constitutivo de la imagen esquemática y machista del primitivo tanguero.

Dos autores ingleses, el psiquiatra John Carl Flügel y el biólogo Desmond Morris, fueron tal vez los primeros en realizar estudios psicoanalíticos sobre el vestido y su función simbólica. Entre otras cuestiones, destacaban el papel fálico de las prendas alargadas, pues transmiten en forma inconsciente señales sexuales. En torno de este criterio, podría decirse que reviste una connotación fálica ese pañuelo de visible longitud, colgando desde el cuello y cubriendo el pecho entre las solapas del saco. El lengue, en el imaginario mítico de la porteñidad, brinda, sin duda, una connotación varonil.

Si la voz proviniese efectivamente de la palabra “lengua” en dialecto friulano, habría de por medio una referencia a un órgano erógeno, reforzando ese hipotético rasgo semántico sexual.

Una variante que ya registraba Gobello era la de *lengo* y éste podría ser un arcaísmo español, que también significa ‘lengua’, sobreviviente en el habla rural de los criollos que migraban a los grandes centros urbanos en la misma época en la que los barcos transportaban caudalosos contingentes europeos a las costas rioplatenses. Entre *lengue* y *lengo* puede haberse dado una contaminación fonética, al entreverse las respectivas hablas del paisano de tierra adentro y el friulano de mar afuera. Sin descartar que algún inmigrante español hiciese su aporte léxico.

Es factible que en estas huellas etimológicas se encuentren las razones que le dan entidad a esta palabra definitoria de la prenda que, junto con el sombrero *funyi*, marca el más transitado estereotipo del milonguero porteño de la guardia vieja.

Buenos Aires, 11 de abril de 2015

DANIEL ANTONIOTTI
Académico de número
Titular del Sillón “Enrique González Tuñón”